

# El Lago de Carucedo

(tradición popular)

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO  
Volumen II



- © *El Lago de Carucedo*, de Enrique Gil y Carrasco, Paradiso\_Gutenberg, 2014.  
© *Introducción*, Francisco Macías, 2014.  
© *Ensayo de una novela*, Michael P. Iarocci, 2014.  
© *Tema y leyenda en El Lago de Carucedo*, Paz Díez Taboada, 2014.  
© *Cuento y drama romántico*, Borja Rodríguez, 2014.  
© *La dama del Lago*, Valentín Carrera, 2014.  
© Fotografías, Pepe Esteller, *in memoriam*, 2014.

1ª edición en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015,  
al cuidado de Valentín Carrera y Francisco Macías.

Portada: Fragmento de *El bosque de Fontainebleau*, Jean-Baptiste-Camille Corot,  
1834, óleo sobre lienzo, 175,6 × 242,6 cm. National Gallery of Art, Washington.

Diseño portada y colección: Denis Fernández Cabrera, Sacauntos.

Esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO ha sido posible gracias a  
una generosa beca de la *Fundación Carmen Rosa Carracedo*, cuyo mecenazgo  
agradecemos.

Obra Completa: ISBN 978-84-941762-9-6

Volumen II, *El Lago de Carucedo*: ISBN 978-84-941762-1-0

Dep. Legal C 558-2014

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los  
propietarios del copyright.

**Paradiso\_Gutenberg**



[www.bibliotecagilycarrasco.com](http://www.bibliotecagilycarrasco.com)



# EL LAGO DE CARUCEDO

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso Gutenberg





## Prólogo: Algo más que un libro más



**E**n los alrededores de un apacible y misterioso lago, el de Carucedo, Enrique Gil y Carrasco situó esta su novela, no menos misteriosa y quizás nada apacible. Tiene el lago que da nombre a la novela un origen desconocido: que si los romanos, que si la desglaciación, que si los lloros de una princesa, que si... Nace con misterio para contagiárselo a la novela de Enrique Gil, *El Lago de Carucedo*.

Una primera lectura nos desconcierta, nos descoloca. *El Lago de Carucedo*, de agradable lectura, muestra todas las características de la obra de Gil: su gusto por lo histórico, las descripciones, el amor al Bierzo, el espíritu observador y crítico, y su carácter sentimental.



Pero nos descoloca porque el atrevimiento del autor con su estructura novelística, e incluso con los episodios históricos introducidos, nos hace sospechar que estamos delante de una obra distinta, quizás misteriosa.

Su trama erótico-religiosa, distraída con episodios históricos; la introducción del viejo truco del “manuscrito encontrado”, que demuestra que Gil y Carrasco conocía la tradición literaria; la maestría en el análisis psicológico de los personajes en este relato sentimental; la transgresión del orden establecido, del compromiso religioso; el carácter transcendental de la escenografía, con la ilustrativa presencia de la diosa Diana; la caracterización como vengativo de Dios... Todo esto, y mucho más, hacen de *El Lago de Carucedo* una novela merecedora de mayor atención que la que le hemos dedicado hasta ahora.

Alguien la ha calificado como “parábola descreída”, otros como “un encantador disparate”. Pero debemos desconfiar de nuestras propias palabras, pues el autor villafranquino era una persona culta, reflexiva, informada, atenta a su época... un autor que no parece inconsciente, más bien todo lo contrario.

Su posición valiente ante la religión dominante en la época, nos lleva a sospechar de la existencia de claves en su escritura. La innovación que supuso su obra dentro del Romanticismo, anticipándose a Rosalía de Castro o Gustavo Adolfo Bécquer, hacen de Gil y Carrasco un rupturista, un escritor profundo.

Es así que esta obra de Enrique Gil y Carrasco, *El Lago de Carucedo*, tal como el resto de su escritura, deberían seguir siendo estudiadas. Aplaudimos la inclusión en este segundo volumen de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO de los estudios de tres prestigiosos especialistas, Paz Díez-Taboada, Michael Iarocci y Borja Rodríguez Gutiérrez, pues gracias a ellos comienza *El Lago de Carucedo* a ser considerado un texto bien complejo e interesante que, sin embargo, se lee con facilidad y gozo.

FRANCISCO MACÍAS  
LAGO, MARZO DE 2014



## Introducción a una novela ¿satánica?

VALENTÍN CARRERA

### 1. La dama berciana del lago

En 1825 el músico vienés Franz Schubert compuso el lied *Ellens dritter Gesang* (*Tercera canción de Ellen*), inspirada en el poema épico *The Lady of the Lake*, que Walter Scott había escrito unos años antes. En el poema de Scott, Ellen Douglas, la dama del lago, se esconde en la Cueva del Duende para evitar la venganza de un rey malvado. Allí, la dama canta un salmo a la Virgen María, invocando su ayuda, pero su protector, Roderick, ocupado en la batalla, no oye su plegaria. Este *lied*, *op. 52* de Schubert, fue posteriormente adaptado y hoy se conoce popularmente como “el Ave María de Schubert”, pero la oración latina [“Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus...”], apenas tiene que ver con el poema original [“Ave María, mansa doncella...”], traduce la web *Infocatolica*].

Quince años después, en 1840, un escritor romántico, culto, informado, atento a las novedades literarias de su época, lector y admirador de Byron y de Walter Scott, el novelista berciano Enrique Gil y Carrasco, escribió su propia versión –indígena, podríamos decir– de la leyenda del lago, motivo que tampoco inventó Scott y que aparece de modo constante en la literatura en forma de sirenas, ondinas, templos, palacios y ciudades sumergidas, como seguidamente documenta Paz Díez-Taboada.

La dama del lago de Gil y Carrasco se llama María y su amante, diríase vecino de Priaranza del Bierzo, Salvador. Toda la novela corta es “un laboratorio de ensayo”, dice Iarocci, plagada de guiños que



anticipan *El Señor de Bembibre*: igual que el futuro don Álvaro Yáñez, aparece un don Álvaro Rebolledo, señor de Cornatel; una doña Beatriz de Sandoval y un maestro don Rodrigo, aunque no es templario, sino de la Orden de Calatrava. El autor prueba en estas páginas técnicas y escenas que luego desarrollará en su novela monumental: Cornatel como decorado natural desde el que don Álvaro amenaza con tirar a Salvador “desde lo alto del castillo”, las Médulas y la Guiana; o el propio final de la leyenda en el mismo lago donde pocos años después doña Beatriz de Osorio pasará su melancolía. Las dos obras comparten un trasfondo de órdenes de caballerías y guerras moras y hasta expresiones: «una tarde de marzo» se transforma en el famoso inicio de *El Señor de Bembibre*, «una tarde de mayo».

Por su argumento, esta novela del lago es, ciertamente, un disparate, encantador, eso sí. Gil y Carrasco sitúa la acción a finales del siglo XV, lo que luego se concreta en torno a 1492, pues Salvador, tras participar en la toma de Alhama, está nada menos que en la conquista de Granada, lo que permite al autor propiciar un encuentro entre Salvador Téllez y Cristóbal Colón. Sin reparar en gastos, Gil y Carrasco embarca al protagonista en la carabela de Colón en su primer viaje a las Indias, y ¡lo convierte en Rodrigo de Triana! Es Salvador quien ve y grita por vez primera, «¡Tierra!». Un berciano tenía que ser, aunque berciano adoptivo; con ironía, el novelista nos hace saber unos párrafos después que Salvador es hijo bastardo de don Pedro Girón, personaje histórico, que en efecto fue maestro de Calatrava, conde de Osuna, señor del castillo de Peñafiel y no sé cuántas cosas más que en nada interesan a la historia y forman parte colateral del despropósito carrasquiano.

Hechas las Américas, Salvador regresa al Bierzo, profesa en el monasterio bernardo de San Mauro de Villarrando y, paseando sus melancolías –trasunto autobiográfico–, encuentra a una virgen loca, su amor imposible, María. El final se precipita con un castigo divino: «una horrible catarata», la riada mortífera que arrasa el convento y ahoga a los desdichados amantes; en fin, el diluvio universal berciano.

Si el argumento es exótico, la geografía de la novela es precisa y muestra la cercanía berciana de Enrique y su vasto conocimiento del territorio: Villarrando, Cornatel, La Palomera, Foy de Barreira, praderas de San Mauro, hondonada del Naranco, Carracedo, San Miguel de las



Dueñas, Peña Rubia... sabemos que el autor escribe *El Lago de Carucedo* en el verano de 1840, tras una detenida estancia en la comarca, por motivos de salud.

La lectura de *El Lago de Carucedo* se convierte así en un paseo literario, o una literatura que invita a pasear; en ello reside el carácter berciano, y por tanto universal, de la obra y su valor perenne; mientras al lector de hoy le resulta inverosímil la trama feudal, la lectura contemporánea pone el paisaje de fondo en primer término. Se invierte el enfoque, no en vano Gil es considerado –véase Azorín– el mejor paisajista español. Son el lago, y las aldeas de Lago y Villarrando, y la escenografía prodigiosa de la Palomera en Las Médulas, los verdaderos personajes de la trama, los protagonistas del viaje por El Bierzo que nos sugiere y regala siempre Enrique Gil y Carrasco.

Como telón de fondo, los amores prohibidos de Salvador y María contienen una carga profana, casi satánica: “*El Lago de Carucedo* –dice en la tercera *Lectura* de este volumen Borja Rodríguez– es el drama romántico subversivo: el amor destruido por un destino injusto. Amor puro, cuya falta provoca la locura y la rebelión. Rebelión total y absoluta contra la religión y contra Dios, en la que la imagen de la Virgen se transforma en una burla más de una divinidad inmisericorde”.

El resumen es sencillo: Salvador y María se dirían cristianos de libro, piadosos, virtuosos, sufridos, se pasan la vida rezando, nacen, crecen y mueren en conventos, en los que incluso profesan: Salvador a los 33 años, la edad de Cristo. Su buenísima conducta, su piadosa fe, tienen como premio un destino cruel, un terrible castigo divino. ¿Cómo creer en un Dios tan sin entrañas? Gil y Carrasco se vale de la ironía –todo el relato es una parábola descreída– para expresar su radical incredulidad religiosa y, de paso, con ese final en el que muere hasta el apuntador, su propia desesperación personal.

Por el camino se permite todas las licencias: convierte a María, la doncella virgen, en la Virgen María. *La Dolorosa* de Durero, que Salvador contempla en su celda con idolatría, en realidad ¡tiene las facciones de su novia, María de Quirós!, a la que convierte en medio bruja, medio loca, «maga». Nótese, además, que ese Dios cruel que pinta Gil –o dígase el destino, si el lector prefiere– se venga en dos inocentes nacidos del pecado, pues Salvador y María, a los que



conocemos en una especie de Arcadia pastoril a orillas del bucólico lago, son dos frutos bastardos de uniones prohibidas.

Es la justicia divina, a destiempo: “No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague”, escribe Gil y Carrasco hacia el final del relato, citando a Tirso de Molina, que a su vez se inspira en la tragedia griega.

Como un don Quijote que ve claro al final de sus días, Salvador Girón y Sandoval se rebela contra su destino, es decir, contra Dios, al que desafía arriesgando la eternidad y pierde la apuesta: no conseguirá permanecer junto a su amada, que asciende a los cielos en forma de cisne: esta asunción de la Virgen paganizada es la última ironía de Enrique Gil, quien, un poco arrepentido, se apresura a advertir que todo esto se cuenta en aquel país, El Bierzo, y yo os lo cuento como me lo han contado, nos viene a decir al final justificándose, “despojado de la hojarasca teológica de mi tío Atanasio el cura”.

## 2. Lecturas sobre el *Diluvio Universal berciano*

Tras la novela, en la segunda parte del libro los lectores interesados en profundizar en la obra de Gil, en su discutible sentimiento religioso o en las leyendas de la ciudad sumergida, encontrarán *Lecturas*, donde se incluyen valiosas aportaciones, con diferentes puntos de vista que componen un poliedro mitológico, histórico, geográfico, literario y musical, que de todo ello hay en la leyenda de *El Lago de Carucedo*.

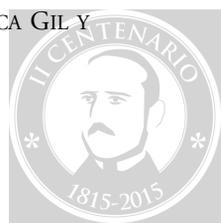
Figura, en primer lugar, el imprescindible ensayo *Tema y leyenda en el Lago de Carucedo*<sup>1</sup>, de la profesora Paz Díez-Taboada –especialista también en Bécquer y Valle Inclán–, a quien los estudios gilianos deben otras dos sólidas contribuciones: su excelente edición y estudio de *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*<sup>2</sup>, y el ensayo *En el tren. Impresiones y sensaciones de Enrique Gil y Bécquer* [que se incluye en el volumen VII, *Último viaje. Diario*, de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO].

Paz Díez, escritora y poeta gallega, emparentada con León y El Bierzo, nos ha ayudado con sus opiniones y generoso estímulo. La

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo XLIII, Madrid, 1988, que publicamos aquí por cortesía de la autora.

<sup>2</sup> Breviarios de la Calle del Pez, León, 1985 y volumen III de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, 2014.



lectura de este ensayo incardina la novela corta de Enrique Gil en una extensa tradición universal, la leyenda de la ciudad sumergida, “que no cumplió con el sagrado deber de la hospitalidad”, arrasada por castigo divino –Gil escoge un *Diluvio Universal* berciano–, tema común a muchas culturas europeas para “dar una explicación religiosa a fenómenos naturales catastróficos que resultaban inexplicables”.

En *Tema y leyenda en el Lago de Carucedo*, y en otra obra de deliciosa lectura, *Relatos populares del mundo*, Paz Díez sigue el hilo que va desde el mito de Filemón y Baucis, contado en las *Metamorfosis* de Ovidio, hasta las recreaciones más recientes de Lovecraft en *Los mitos de Cthulhu* [1919], pasando por el relato oral *A Lagoa de Cospeito*. “Además de Ovidio y la épica francesa, a [esta leyenda] se refirió ya Platón en *Timeo* y *Critias*, relacionándola con los mitos del *Diluvio* y la *Atlántida*; aparece en la *Gética* de Jordanes (s. VI) o en (...) *Las mil y una noches*; modernamente, el bretón Renan se refirió a la leyenda de la ciudad de Is (...) y, además del estadounidense Lovecraft, la han tratado Gil y Carrasco, Unamuno o Casona”.

Advirtiendo el carácter experimental de esta primera narración, Paz Díez subraya: “La obra posee una evidente falta de unidad estructural, lo que la hace aparecer como un ejercicio de narraciones yuxtapuestas, no obstante lo cual, es de agradable lectura. En ella se manifiestan los cinco aspectos más destacados de la personalidad literaria de Gil: su amor a El Bierzo, su gusto por lo descriptivo y por lo histórico, su carácter sentimental y su talante crítico y observador”.

Este carácter experimental de la primera novela de Gil ha sido explorado detenidamente por el hispanista Michael Iarocci [Department of Spanish&Portuguese, University of California, Berkeley], especialista en el Romanticismo y uno de los principales estudiosos de Gil. Iarocci contribuye a las *Lecturas* de este volumen con el análisis de *El Lago de Carucedo* como auténtico laboratorio de trabajo y experimentación, en el que Gil ensayó los temas y las técnicas que luego perfeccionaría en *El Señor de Bembibre*: “El relato es en realidad una serie de experimentos, un borrador en el que el autor da sus primeros pasos como novelista; y la obra representa en este sentido un vehículo de transición entre sus composiciones líricas y su futura novela”.



En tercer lugar, se incluye *Cuento y drama romántico en El Lago de Carucedo*, de Borja Rodríguez Gutiérrez, estudioso del cuento español<sup>3</sup>, catedrático de Lengua y Literatura Española en Santander y coordinador del Grupo *Lazarillo* de la Universidad de Cantabria. El ensayo de Borja Rodríguez nos aporta una visión de Enrique Gil y de su novela corta radicalmente distinta a las anteriores, abordando sin complejos la cuestión de su religiosidad. En la introducción a *Poesía*<sup>4</sup>, abordamos la cuestión: Gil no es creyente ni profesa la fe católica –que él mismo confiesa y, en cierto modo, lamenta haber perdido<sup>5</sup>–; pero tampoco sigue a sus amigos ateos: su sentimiento religioso es panteísta, su única certeza es la duda.

En el prólogo a *Obras en prosa*, amigos tan cercanos como Joaquín del Pino y Fernando de la Vera lamentan esa pérdida de fe y que Gil se dejara influir por el espíritu doceañista, hostil a la Iglesia. Sabemos que será difícil rasgar el velo piadoso y confesional que durante siglo y medio han tejido muchos autores –desde los mencionados amigos, piadosos ellos mismos, hasta Picoche–, pero son tantas las evidencias que, antes o después, el velo caerá. Borja Rodríguez lo descubre aquí ante el lector sin contemplaciones, a propósito de *El Lago*, que considera novela casi satánica. “No hay en esta obra ningún resquicio por el cual se proceda a una interpretación del destino como acorde con la religión católica. (...) Rebelión total y absoluta contra la religión y contra Dios, en la que la imagen de la Virgen se transforma en una burla más de una divinidad inmisericorde”.

¿Es este lago, lugar predilecto de Gil, “un escenario de recogimiento que conduce al éxtasis, un camino místico que ha de llevar a María y a doña Beatriz al cielo, una representación del alma de Enrique Gil”?, como escribe José Luis Suárez Roca<sup>6</sup>. ¿Vivía Gil en 1840, aún recientes las muertes de su padre, su amigo Guillermo y su amada Juana, un

---

<sup>3</sup> Véase su *Antología del cuento romántico*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2012.

<sup>4</sup> BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I.

<sup>5</sup> “Todas esas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos; yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo; *de las creencias que nunca debiéramos ya no perder, sino ni aun arriesgar, me queda lo que de salud resta a los enfermos*”, escribe camino de Berlín. *O. C.*, p. 364. La cursiva es nuestra.

<sup>6</sup> Suárez Roca, *Enrique Gil y Carrasco*, p. 42.

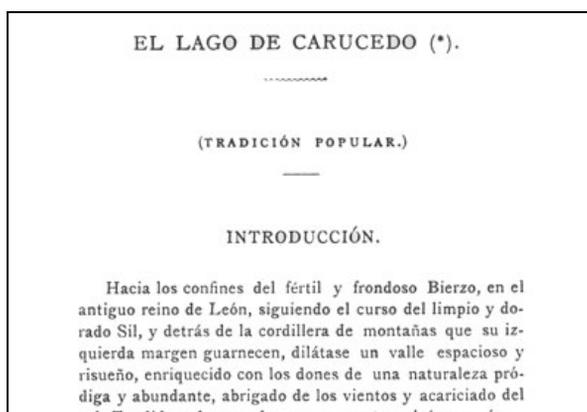


momento de ceguera religiosa y desesperación, como quieren sus bondadosos amigos? ¿Se había instalado Enrique en el nihilismo y la tentación de suicidio que narra en clave autobiográfica dos años antes en *Anochecer en San Antonio de la Florida*? ¿O realmente había perdido ya la fe católica, en contacto con los círculos masónicos que lideraba su íntimo amigo Espronceda y ensaya aquí, de modo irreverente, su primer desafío a los cielos?

El breve artículo final, *La dama berciana del Lago*, visión más personal de Valentín Carrera, comparte la perspectiva heterodoxa de Borja Rodríguez y sugiere otra lectura posible, políticamente incorrecta, de esta novela radicalmente innovadora y actual. Haga el lector su propia lectura de la leyenda y, sin anteojeras, saque la conclusión que buenamente le parezca, que todo será posible en Gil, pues su filosofía y su obra no son simples, sino ricas en matices, profundas.

### 3. Las ediciones anteriores

*El Lago de Carucedo*, que Enrique Gil subtitula «tradición popular», fue escrito en la primavera de 1840 y se publicó en cuatro entregas consecutivas en el *Semanario Pintoresco Español*<sup>7</sup>. En 1883, se incluyó en el primer volumen de las *Obras en prosa*, coleccionadas por Joaquín del Pino y Fernando de la Vera y, setenta y un años después, en las *Obras Completas* [edición de Jorge Campos, B. A. E., 1954].



<sup>7</sup> Núms. 30, 31 y 32, de 19 y 26 de julio y 9 de agosto de 1840, respectivamente. Picoche, p. 43 y ss. y p. 381.



En ambas ocasiones, *El Lago* figura a continuación de *El Señor de Bembibre*, error que induce a una confusión generalizada; algún lector inadvertido podría deducir que esta novela corta es posterior a la gran novela templaria o un apéndice de la misma, cuando es a la inversa.

*El Lago de Carucedo* [1840] es anterior a *El Señor de Bembibre* [1844] y, además, es un precedente claro de la novela templaria, algo así como un ensayo general en el que –como vieron Picoche y Paz Díez, y ha estudiado recientemente desde Berkeley el profesor Iarocci–, Gil experimenta temas y técnicas narrativas, “una experiencia utilísima para Gil”, dice Picoche. Por esta razón, la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO edita primero esta novela breve dándole la importancia que tiene en la obra de Gil y distanciándola de la sombra perjudicial de *El Señor de Bembibre*.

A las tres ediciones mencionadas [1840, 1883 y 1854], siguió un largo paréntesis hasta las de Arturo Souto y Ramón Carnicer<sup>8</sup> y, desde entonces, de nuevo, salvo error u omisión nuestra, un espeso silencio hasta la primera edición en *epub*<sup>9</sup>, presentada en la aldea de Lago una calurosa noche de agosto de 2013, compartiendo filandón a la antigua usanza, con una *copina* de orujo incluida en el menú literario, con decenas de vecinos de Lago, abuelos y nietos mezclados, sentados en corro al fresco, que enriquecieron el relato de Gil con su propia tradición oral. Va, pues, a continuación, no sin tiempo, la sexta edición de esta preciosa miniatura romántica, *El Lago de Carucedo*, cuyo texto ofrecemos desnudo.

#### 4. Nuestra edición

Esta edición de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO se hace teniendo a la vista las ediciones de 1883 y 1954, actualizando la puntuación y corrigiendo numerosos errores, casi siempre evidentes, aunque en algún caso la lectura es dudosa.

Así, en el título de la obra empleamos «*Lago*» con mayúscula, siguiendo la edición de 1883, parecer que vale también, por ejemplo, en

---

<sup>8</sup> Editorial Porrúa, México, 1984, y Ámbito Ed., Valladolid, 1992, respectivamente.

<sup>9</sup> Edición de Valentín Carrera y Francisco Macías, eBooksBierzo, 2013.



*El Señor de Bemibre*. Hemos corregido, sin embargo, el subtítulo «La primer flor de la vida» por «La primera flor de la vida»; o «Lemus» por «Lemos», acercando el texto al lector actual, a riesgo de contrariar algo el criterio del autor... o del cajista del *Semanario Pintoresco*; en fin, hemos respetado, con dudas, expresiones como «estolazo», neologismo giliano, que podría traducirse por “golpe dado con la estola, a modo de exorcismo”, y otras singularidades, pues es nuestro criterio editorial procurar la mayor fidelidad posible al autor.

Esta edición ilustrada incluye dos grabados insertos en el *Semanario Pintoresco Español* ilustrando la novela de Gil, que reproducimos a partir de la biografía de Suárez Roca; un fragmento de la primera página de la edición de 1833, dos postales de finales del siglo XIX; una imagen de la *dama del lago* encarnada por Sandra Carrera, con ayuda de Alicia Carrera y Manel Macías; y una espléndida foto de Pepe Esteller que bien podría titularse, *el Diluvio Universal Berciano*.



## Bibliografía esencial

### Ediciones

*Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco*, coleccionadas por d. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla, Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado, 1883, tomo II.

*Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco*, edición de Jorge Campos, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXIV, Madrid, 1954, pp. 221-250.

### Lecturas

DÍEZ-TABOADA, PAZ, *Relatos populares del mundo*, prólogo de Luis Mateo Díez, Austral, nº 151, Madrid, 1998; 4ª ed., 2008.

DÍEZ-TABOADA, PAZ, *Tema y leyenda en «El Lago de Carucedo»*, Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, t. XLIII, Madrid, 1988.

IAROCCI MICHAEL P., *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, University of California, Ed. Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1999, pp. 79-85.

PICOCHÉ, JEAN-LOUIS, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1978. Ver pp. 149-151, pp. 171-175 y p. 334 y ss., entre otras.

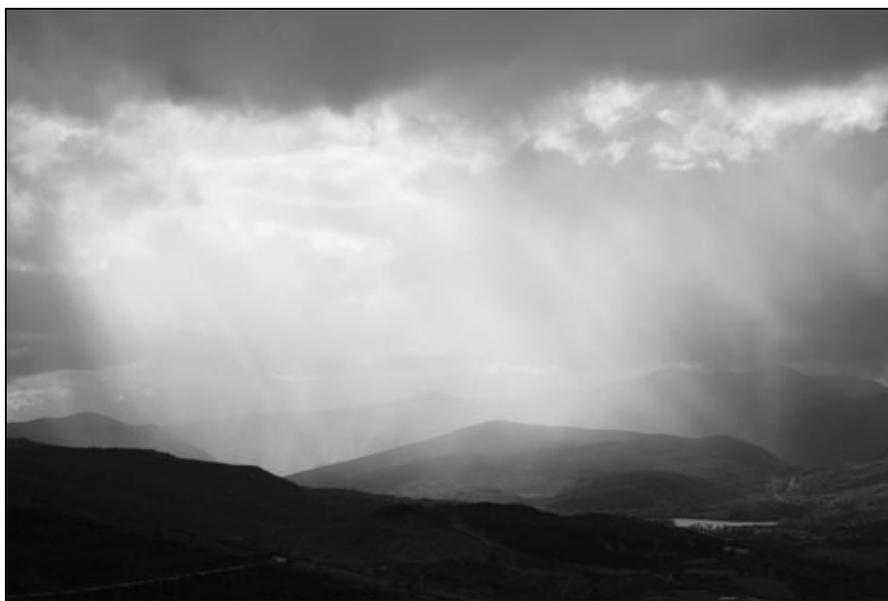
RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, BORJA, *Antología del cuento romántico*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008. *El héroe distinto*, p. 33 y ss.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, BORJA, *Cuento y drama romántico: «El Lago de Carucedo»*, *Hispanic Journal*, vol.21, núm. 2, 2000, pp. 501-514.

SUÁREZ ROCA, JOSÉ LUIS, *Enrique Gil y Carrasco*, Las vidas del centenario, Ayuntamiento de Ponferrada, 2008, pp. 41-44, reproduce dos grabados del *Semanario Pintoresco Español*.



## El Lago de Carucedo (tradición popular)





## Introducción



Hacia los confines del fértil y frondoso Bierzo, en el antiguo reino de León, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y detrás de la cordillera de montañas que su izquierda margen guarnecen, dilátase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de los vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcánzase a ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso a manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rojizas y listadas de colores; los nabales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusión óptica producida por la blanca oscilación de las aguas convierte a veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.



Tan agradable perspectiva sube de punto y embellecese más y más según se va acercando el observador, porque los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen aún más adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del país, que no este nombre sino el de canoas merecían, pues que se reducen a dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso levántase la pequeña aldea de Lago sobre un altozano de suavísima inclinación que parece bajarse a beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por de fuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco más arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura a raíz de las cuestas y cimas áridas y negruzcas del Monte de los Caballos, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro encerrado en un marco oscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de Carucedo en una fértil cuanto angosta llanura, y en la misma dirección y sobre las crestas de los montes más lejanos se distinguen las almenas y murallas del castillo de Cornatel, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansión de barones y caballeros antiguos.

Los viñedos, sotos y sembrados del pueblo llegan hasta las Médulas, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantísimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demás vistosos, a modo de árboles de desmayo o de guirnaldas verdes y lustrosas; las montañas que caen hacia aquella mano están algo más desviadas, y a diferencia de las que enfrente se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta más enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos alcornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco más allá extiéndense largas



filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago, y hacen en el estío perpetua y deleitable sombra.

Si a esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginación el humo de las caleras que de ordinario arden alrededor; el trinar y el revolver de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, activa y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisajes alcanzan a grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como *El Lago de Carucedo*.

Era una tarde serena de las últimas de marzo, en que el sol se acercaba a más andar al término de su carrera, cuando un viajero joven, que largo tiempo había estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo y robusto. Difícil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones que se disputaban la atención de nuestro viajero; y en verdad que nada tenía de extraño el ademán de distracción apasionada y melancólica en que iba sentado a la punta de aquella primitiva embarcación. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas y sombrías del Monte de los Caballos enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ramos de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de espléndidas e imaginarias tintas matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos había enfrenado las auras más sutiles, y apagado todos los rumores del día, cual si brindase al mundo un sueño de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel había comenzado a despuntar en el confín más



remoto del Oriente, cárdeno y confuso a la sazón, venía a embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago, tan agraciado y tan triste, más que otra cosa, parecía un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente que en derechura guiaba a aquel cielo que tan claro se veía allá en su término, y que cruzaba la imaginación en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas más escogidas, y en colorarlo con sus más hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y a solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viajero flotasen indecisos y sin contorno, a manera de espumas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazón latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba, y así era, de haber visto el mismo país en su niñez, cuando su corazón se abría a las impresiones de la vida, como una flor al rocío de la mañana, cuando era su alma entera campo de luz y de alegría, vergel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la más liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el más tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte más noble de su ser; y en que arrebatado a vista de un crepúsculo dudoso, de un cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorrumpe y dice con el tiernísimo y divino fray Luis de León:

*¡Morada de grandeza!  
¡Templo de claridad y hermosura!  
El alma que a tu alteza  
nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta cárcel baja, oscura?*

Al tercer verso de tan sentida endecha llegaría nuestro buen viajero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial, diciéndole:

—¡Ah, señor! mire, allí por bajo del Lago húbole en otro tiempo un convento.



Aunque no muy satisfecho el joven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo más acerca del convento inundado y sorbido por las llamas, le contestó:

—Vamos, tú sabes algo de ese cuento, y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga —repuso el barquero—, no le sé toda la historia; pero si quiere aprenderla, mi tío don Atanasio, el cura, dejónos un proceso muy grande de su letra todo, que trae cuanto pasó bien por menudo.

—Pero, vamos —le replicó su compañero—, tú algo has de haber oído por fuerza, y eso es lo que te pido que me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si a sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatín y aquella gorra, no habría escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia, el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante examen, hubo de dejar asomar a sus labios una ligera sonrisa, con que, desconcertado y mohíno el barquero, le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir más, sino que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

—Pues vaya —repuso el otro—, endereza hacia la orilla, que los papeles de tu tío me lo declararán sin duda mejor.

Bogaron, con efecto, hacia allá; amarró su piragua el aldeano, y tomando la vuelta de Carucedo, volvió a poco rato con los papeles de su tío el cura, diciendo al viajero:

—Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa sólo sé leer yo, y escribir también —añadió con énfasis—, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tío tenía cuasi revesada la letra, cánsanseme mucho los ojos. Además, que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice.

Agradecióle el viajero el presente con corteses razones y, sobre todo, con un cortés peso duro que hizo reír el alma del paisano; el cual, dando un millón de vueltas en la mano a su sombrero de paja, y deseando a su compañero mil años de vida en un cumplimiento muy prolijo, y enroscado, sin duda para probar que sabía algo de letras, se fue más



contento que el día que estrenó sus primeros zapatos.

Parecióle a nuestro viajero por extremo curioso el manuscrito, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no había economizado a fuer de teólogo, lo adobó y compuso a su manera. Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar a mal nos atrevemos a publicarle.

